





MAMÁ, YO SERÉ LIBRE





LOS PRIMEROS AÑOS

Nací en un hospital de Madrid. Un niño normal. Personalmente, los encuentro bastante parecidos unos a otros, pero hay gente que es capaz de decir mucho más de una cabeza pelada y un cuerpo rojo.

Supongo que esta primera etapa de la vida de una persona es la más sencilla de vivir, ya que por muy mal que lo hagas, la máxima metedura de pata que conseguirás será manchar una camisa o desnucarte con el rodapié del pasillo.

Además, prácticamente están encima de ti a cada momento, impidiendo que tus manos toquen tu boca o que hagas cualquier esfuerzo por acercarte a algo no redondo.

Sin duda alguna, lo mejor de esta etapa es el sueño... qué maravilla no saber qué es la declaración de la renta o los radares móviles.

Yo jugué y me desarrollé como cualquier otro niño y, como cualquier otro niño, tuve mis primeras anécdotas, las cuales en un futuro contarían mis padres o mis tíos.

-Madre: ¿Sabías que mi hijo era tan bueno que le regalaron un puzle en la guardería?

-Vecina: Al mío lo querían tanto que no querían que se fuera.

Estoy convencido de que a Jack, el destripador, le daban dos postres por buena conducta en la guardería, pero como ya he dicho, a esa edad poco podemos hacer con la poca conciencia que tenemos.

Crecí y tuve mis primeras peleas con los compañeros de colegio, me apunté a mi primer deporte, taekwondo; sufrí los primeros abusos de los más fuertes de la clase y seguí experimentando cada lección, cada sentimiento, cada olor y cada experiencia.

Esta etapa de la vida es la que más admiro, pues creo que la gente debería poder seguir aprendiendo así, con treinta años, intentando esquivar

esa rutina a la que muchas veces estamos atados, ya no tanto por necesidad, sino porque nos la hemos impuesto nosotros mismos.

Llegaban las navidades y la imaginación se disparaba, cualquier cosa podía ser posible. A mí me gustaba imaginar cómo serían las navidades en otros lugares, pero todavía era pequeño para poder darle forma a ese pensamiento ya que en los dibujos como Bola de Dragón solo salían bosques muy raros.

El barrio en el que vivía era un conjunto de bloques, todos iguales, cercados por una cadena de pinos, de unos dos metros de alto, que impedía que te acercaras a la carretera. Todos los niños bajaban a jugar a la calle, era fantástica la libertad que saboreaba por aquel entonces. Bastaban unos pantalones con parches y un balón de fútbol para poder pasar una tarde con los colegas. Pero ahí no acababa la cosa, tenías chapas, peonzas, canicas y toda clase de lo que hoy serían clasificados como «juguetes rústicos», pero que entonces era lo más divertido del mercado.

Si a pesar de todo te aburrías, siempre podías recurrir a escalar un árbol, hacer volteretas en el césped o sentarte en un banco a comer pipas.

Luego estaba la noche, la que concretamente en verano adquiriría un toque de magia. A mí me encantaba estar escondido en un pino jugando a Liebre o a Rescate. Ese olor de la noche y la oscuridad me hacía sentir como un espía. Quizá lo peor era cuando me tocaba ligármela y eran tantas las personas que tenías que pillar que lo único que te podía salvar de aquel calvario, manteniendo algo de honor, era que te llamara tu madre desde la ventana para que subieras a casa. Sopesándolo bien, esta también fue de las mejores etapas de mi vida, por dos razones: la primera, es que eres lo suficientemente mayor para apreciar el sabor de un buen bocata de Nocilla; la segunda, es que todavía tus sueños son bastante puros y no se ven contaminados por la opinión de otros, los medios o el dinero.

Más tarde, llegada la televisión y con el empuje de internet, la gente empezó a poder ver lugares que nunca hubiera imaginado. Esto era bueno para mucha gente y malo para otra, ya que los anhelos de viajar y ver mundo pesaban en mi alma que por aquel entonces pasaba el día jugando al fútbol y yendo a la escuela. No era del todo difícil sacar notas en la escuela, incluso para un niño hiperactivo como yo bastaba con sentarse un par de días o tres en casa y hacer los deberes que mandaba la señorita,

amén de prestar un poco de atención a lo que decía, aunque esto último era ya un poco más difícil puesto que siempre había cualquier cosa con la que uno se podía desconcentrar y echarse una buena risa, ya podía ser una avispa o la palabra mal leída por un profesor.

Sin duda, lo mejor era gimnasia, qué maravilla, parece mentira que entrara como asignatura. Todos los niños vestidos con chándales de colores, jugando en colchonetas... ¡y que lo llamaran asignatura! A mí me encantaba ir a gimnasia, aunque tuve que dejar el taekwondo ya que a mi mejor amigo le dieron una patada en la entrepierna. No es que esto fuera realmente importante, pero cuando le vi en el lavabo mear sangre, tomé una decisión obvia: una cosa es aprender un deporte y otra que te rompan el pito. De todas formas, me apasionaba el fútbol; me bajaba solo al barrio con mi balón de mala calidad, de esos que les dabas un poco fuerte y les salía un huevo y me ponía a jugar a ver si conseguía meter gol desde lejos. No necesitabas grandes estructuras o edificaciones ya que dos columnas eran una buena portería, en su defecto, dos árboles te apañaban bastante, aunque las medidas de la portería, en este caso, fueran dictadas por la naturaleza. Cuando no quedaba otra, se recurría a la peor portería de todas, con regaño incluido de madre: dos sudaderas. El fútbol infantil, además, tenía sus propias reglas. Aquí no eran cinco contra cinco u once contra once, aquí el número de personas que jugaba en cada bando se dividía entre los que habían bajado a la calle, es decir, siete a un lado y seis a otro, pero los desventajados os llevabais a Chiqui. Chiqui era siempre ese chaval que nace en todos los barrios y que sirve para regular y poner orden, suele tener once años y un cuerpo de treinta, barriguilla, y comer como un ñu.

Cuando pienso hacia atrás y me acuerdo de las personas con las que he crecido, me doy cuenta de que muchos ya iban de camino a torcerse, pero hay otro montón de niños de los que nunca hubiera sospechado que acabarían como lo han hecho. Este es mi caso, quien me viera entonces hubiera podido pensar de todo menos lo que he acabado siendo.

Aunque mis padres me llamaron Carlos Perera, todo el mundo acabó llamándome Karolo o Cabezón. Lo de Karolo me lo puso un niño que luego acabó en la cárcel y del que deduzco no tenía ni idea del porqué de ese nombre ya que nunca me lo explicó. Lo de Cabezón ya tiene más explicación; la verdad es que por aquella época yo parecía un champi-

ñón, de hecho, hay gente que afirmaba que se me podía ver nítidamente desde el *Google Earth*. Aparte de tener la cabeza grande para el cuerpecillo que tenía, también lucía unas gafas de pasta y un flequillo de lado que no me favorecían en lo absoluto. Para ser sinceros, en lo que a estética se refiere, no valía ni para un anuncio de Fuet, pero tampoco sabía qué hacer para solucionarlo. No era muy ducho en moda y mis padres eran un poco pasotas en este sentido, por lo que mi ropa no era la mejor, y esto es adornarlo bastante. Lo cierto es que las zapatillas que llevaba eran un modelo antiguo que combinaban bastante con mis pantalones de chándal sin marca —y cuando digo «sin marca» es que no tenían marca, no que la marca fuera mala—. Para la parte de arriba solía llevar camisetas del mercadillo, de esas finas, de las que te agarran jugando al fútbol y se la llevan. Menos mal que cuando tenía esa edad, lo de ligar no era prioritario y no tuve que enfrentarme a la realidad.

Pero lo bueno es que tenía muchos amigos y amigas en el barrio, aunque había uno que destacaba para mí porque era tan bueno y tan obsesivo con el fútbol como yo. Este era Alberto, o como le llamaba su padre, Albertito. Le conocí un día de verano, yo bajé con mi balón en la mano y me lo encontré en pleno asfalto dando toques.

—¿Qué haces? —pregunté.

— Doy toques con el balón, mi record es ciento diez.

— Pero eso es mucho, no puede ser.

—¡Lo es, si quieres te lo enseño!

Albertito se puso a dar toques con toda su seriedad y yo no me podía creer que fuera en serio, en cada toque que daba dejaba que cayera su balón al suelo y luego volvía a hacer otro toque. Yo me reía tanto que me dolía la tripa, pero desde entonces fraguamos una amistad basada en el fútbol. Todos los días entrenábamos y, con el tiempo, llegamos a convertirnos en muy buenos jugadores. Lo que no sabíamos era que del talento no se vivía y que hacía falta algo más para poder entrar en un equipo de fútbol que te mantuviera, pero en aquel entonces eso no importaba. Como entonces no había móviles y casi nadie tenía doble ventana, a la hora de llamarnos generalmente optábamos por la vía aérea.

—¡Alber! ¿Te bajas?

—¡Espera, tío, que estoy comiendo! —dijo asomando medio cuerpo por la ventana.

—¡Pero si son las tres y media de la tarde!

—¡Ya, tío, pero no me gusta lo que me han dejado mis padres para comer y no sé dónde tirarlo; si te lo comes me bajo!

—¡Bueno... abre y te hago el favor, pero siempre estás igual, te sacan de los tiburones de chuchería y las hamburguesas y te quedas sin comer!

Albertito estaba esquelético, comía de todo menos comida normal. El frito y las chucherías lo mantenían vivo, suerte que hacía mucho deporte y quemaba esos litros de aceite que ingería a diario. Esta mala costumbre se debía a que sus padres, camioneros los dos, se pasaban el día fuera y le dejaban la comida hecha. El resto de niños agradecíamos enormemente el que estuviera solo todo el día para poder subir a su casa a jugar a la consola, eso sí, vigilando por si venían sus padres.

En cualquier caso, era un chaval simpático, bastante guapo —al menos eso decían las vecinas de nuestra edad en el barrio—, bajito, pero de complexión atlética y con el pelo rapado. Gastaba un humor parecido al mío, a veces no sabías si echarte a reír o liarte a patadas con él. El pobre era bocazas de nacimiento.

—¡Karolo! ¡Nos acabamos de comprar un camión de varios millones! —me gritó a mi ventana nada más llegar al barrio con sus padres.

—¡Cállate, niño! — le abofeteó la madre.

En lo referente al fútbol, normalmente Albertito y yo nos teníamos que repartir uno en cada equipo porque éramos tan buenos que no podíamos ir juntos. Qué lástima, nos gustaba el fútbol, pero si nos hubieran dicho lo que la vida nos aguardaba lo hubiéramos visto con otros ojos.

Los dos teníamos una hermana, en mi caso, dos años más pequeña; y en el suyo, dos años más grande... daba lo mismo, discutíamos los cuatro igual.

—¡Mamá, Tere me ha escondido el balón! —me quejé para ahorrarme el buscarlo.

—¡Teresa, dale el balón a tu hermano!

—¡Él les ha pintado un bigote enorme a todos los chicos de mis posters!

Mis padres eran buenos padres, razón de más para que yo no hubiera salido como salí, pero a veces, por más que le indicas un camino a alguien, si el otro no lo ve, poco más se puede hacer aparte de castigarlo.

—¡Hoy te quedas en casa, Carlos!

—Perfecto, Albertito está malo —dije tirándome un farol.

—¿Ah, sí? Pues te vas a quedar hasta que mejore y se cure su madre, que también está mala.

(Para qué digo nada)

Lo que me gustaba de mis padres, era que no eran ese modelo de padres que no te dejan hacer nada o que te soltaban sermones constantemente sobre qué es lo mejor para tu futuro. Más bien te dejaban meter la pata, y una vez en el pozo, te lanzaban una cuerda de papel higiénico para que te costase salir, para que aprendieras.

La verdad es que siempre pensé que era un modelo equivocado de educación, viendo las charlas y azotes que se llevaban mis amigos, pero luego me fui dando cuenta de que aquel al que le prohibían fumar tabaco a secas, sin más explicación, acababa fumando chocolate del bueno, por lo que no conseguías hijos más sanos sino mejores mentirosos. Era increíble lo que nos aplicábamos para lo que nos interesaba, no teníamos ni idea de dónde estaba el Vaticano, pero te decíamos el banquillo del F.C Valladolid de memoria.

Como no había casi nada electrónico: deportes, cromos, canicas, chapas y peonzas se llevaban toda nuestra atención.

Pero desde siempre, lo que más nos gustó fue la aventura, es decir, cosas que no deberíamos hacer. Cuando pusieron andamios en los bloques para reformarlos, ahí estábamos todos bajando a la calle por las ventanas, lo cual era un poco incómodo ya que tú podías estar leyendo tranquilamente al lado de la ventana y girarte y ver el blanco culo de Albertito pegado en el cristal a treinta centímetros de tu cabeza.

Cuando dieron de silicona las juntas de los edificios, nosotros habilitamos dos bancos como empalizada y... guerra de botes de silicona. Yo me llevé un cañonazo en la frente del que todavía conservo el huevo; sigo pensando que ese bote no estaba vacío.

—Karolo, qué desgracia, como si no tuvieras ya suficiente cabeza —comentó Albertito, que siempre estaba a la espera para poder soltar algo malo.

Por regla general, la ropa que usábamos duraba mucho para el valor económico que tenía. Era como las zapatillas de andar por casa, que hasta que no sientes la carne tocar con el suelo, no las tiras. Además, los parches lo arreglaban todo, yo creo que no llegué a llevar mucho un pan-

talón sin parches. Entre el césped, el escalar por los pinos y las caídas en el fútbol, no sobrevivían mucho, la verdad. Había un juego en concreto que ahora lo miro y me parece hasta irrisorio, «Pruebas», se llamaba. Consistía en que alguien se iba a ir a casa morado o con dolores. La trama del juego era subirse a un árbol, hacer equilibrista a dos metros de altura o saltar desde una superficie muy alta hasta el suelo. Pero el verdadero equilibrio en la vida lo encontrabas en los campamentos de verano; maravilla para los hijos y regalo bendito para los padres. Una experiencia inolvidable, te dejaban quince días en medio del campo, durmiendo en tiendas tipo Tipi y en manos de unos monitores bastante enrollados. La tirolina o el tiro con arco estaban bien, pero la auténtica diversión era unirse al grupo molón y escaparte de la tienda para juntarte en el bosque con los demás. A mí me costaba mucho juntarme con la gente enrollada ya que al verme me descartaban al momento, así que tenía que robar una navaja o hacer algo especial para ser aceptado. Una vez dentro, ya me era fácil congeniar ya que siempre he sido bastante gracioso.

Otra cosa buena de los campamentos es que siempre te enrollabas con una chica; te la llevabas al bosque, te acostabas en su saco... yo no, por supuesto, a mí me las quitaban todas. Una vez me enamoré enterito de una chica llamada Bea, la cual estaba siempre conmigo y no dejaba de reírse de todo lo que yo decía, hasta que una noche vino mi mejor colega del campamento a decirme que tenía que hablarme sobre ella. Si normalmente era hiper nervioso, en ese momento estaba en modo exprimidor.

—He estado hablando con Bea, Karolo. —Yo fingí no hacerle mucho caso.

—Y qué tal. Es maja, ¿verdad?

—Es una chica increíble, ¿sabías que vive en tu ciudad?

—Sí, me lo dijo, la verdad es que hablamos mucho. Es una chica muy interesante.

—Es por eso por lo que no sé qué hacer, me he enrollado con ella y creo que me gusta, pero no estoy seguro de que vaya a poder volver a verla después del campamento.

Muerte cerebral.

—Lo siento, no sé mucho de chicas, amigo —dije con el sentimiento de una farola.

Este fue mi primer mazazo en el pecho.

Nunca hubiera imaginado que Bea quisiera liarse con otro —entonces... ¿por qué se reía tanto conmigo?—. Como no sabía la respuesta, me puse a hacer lo que mejor hacía. Esa noche había fiesta india y mi colega tragó laxante del bueno. Estuvo cagando amor dos días en los que no quiso siquiera salir de la tienda. Ese día acabó el campamento para mí, no podía ni mirar a Bea.

En el colegio no me iba mal tampoco, tenía un grupo de amigos con los que podía quedar y, aunque aprobaba raspado las asignaturas, no pensaba que fueran a ser importantes los estudios para el futuro. Al fin y al cabo, yo solo quería ver mundo y jugar al fútbol.

La profesora decía que era un demonio, pero yo no pienso que fuera para tanto. ¿Es cierto que era híper nervioso? Sí. ¿Puede que me distrajera con una mosca? También. ¿Le puse una silla con una pata rota para que se sentara?, nunca se ha demostrado...

Quizá, pensándolo mejor, era algo malillo, incluso con mis compañeros, por todos era sabido que si perdías la mochila y la encontraba Karolo te la devolvería con los libros pintados, o cambiados por libros de otro curso, o la encontrarías encima de un árbol...

Creo que lo hacía para vengarme de lo que me hacían en mi equipo de fútbol. Nunca entendí bien por qué no me borré antes; los chavales del equipo eran de ese tipo de chavales que visten ropa de marca, tienen moto y se depilan las cejas mientras sus padres visten de chándal y no tienen rodapiés en casa.

—Cabezón, cámbiate de polo de vez en cuando, anda.

—Cuando te implantes unas cejas, que esas parecen dos comas.

Yo tenía labia, pero no podía con todos. Vestía como siempre había vestido, no me había cambiado mi ridículo peinado y encima ellos sabían que usaba gafas por lo que los insultos eran continuos. Normalmente las bromas suelen ser graciosas, pero en el equipo entendí que había otras que no lo eran tanto.

—Haber si te lías una chica, que no debes haber tocado un culo en tu vida, jajaja.

—Déjame un poco del de la tuya, que ahí hay carne para varios.

No podía casi defenderme, esta gente era como de otra época. Vestían ropa chulísima que a mí jamás me hubieran comprado, además,

todos habían tenido experiencias sexuales y yo venía de jugar al fútbol en el barrio y de hablar de la nueva película de Spiderman en el cole. Supongo que fue aquí donde realmente empecé a notarme diferente ya que, además del fútbol, me encantaba leer —cosa que no comentaba abiertamente—, jugaba a videojuegos y no tenía ni idea de lo que era un carburador o de cómo se calentaba a una chica —dando por hecho que no se lograba con mantas—.

Pero todo esto iba a ir a peor con el instituto. Se había acabado el jugar en el barrio, los campamentos o ir a dormir al monte con mis colegas del cole... en el instituto empezaba una nueva vida.



LA ADOLESCENCIA

Empezaré diciendo que, por alguna macabra razón, y a pesar de mi físico, siempre me acababa juntando con los más malos y revoltosos de todo lugar al que iba, lo cual seguramente tuvo mucho que ver en mi historia. Dicen que en la vida tú eliges tu propio camino, pero yo creo que muchas veces no es tan sencillo.

Todavía recuerdo mi primer día de instituto, tocaba ir a ver las listas para saber quiénes serían tus nuevos compañeros de clase. Como por aquel entonces las novatadas estaban de moda, a la media hora el spray negro y azul coloreaba mi cara y mi ropa, obligándome a hacerme una pregunta que me echo muchas veces a lo largo de mi vida: ¿La policía existe? Y no me refiero a esos chavales de treinta años con manos de pianista que lucen gafas de sol y tupé y que te multan por dejar el coche en doble fila para poder sacar dinero o comprar el pan. Me refiero a la de verdad, a la que te defiende, a la que vela por el ciudadano.

Total, como era tal la efusividad de los mayores, los profesores tuvieron que abrirnos una puerta trasera para que saliéramos corriendo sin que ellos nos vieran. Yo me sentía como en la peli *El pianista*, me parecía ridículo, aunque la cosa no acabó ahí. Cuando bajé a la calle a jugar al fútbol esa tarde, descubrí que me estaban esperando los mayores del barrio, los cuales fueron mucho más simpáticos y me preguntaron dónde quería que me pintaran.

—La cabeza no, que necesitáis un extintor.

«De verdad que a este tío lo tengo que matar algún día», pensaba yo mirando a Albertito.

—Chavales, ya me han pintado en el instituto, así que tranquilos, vuestro honor no se verá mancillado viviendo al lado de un niño que no lo ha pasado mal en su primer día de insti.

—Llevamos dos Coca-Colas y tres bolsas de fritos esperándote, ya no te libras.

—...Genial... las piernas, por favor.

En fin, me topé con diecinueve macarras en mi primer día de instituto de los cuales dieciocho iban a estar en mi clase. Por alguna razón no me había tocado con ningún colega del colegio —ellos iban a otro pasillo y casi todos juntos— pero me había tocado con lo peorcito del barrio. A muchos de ellos los conocía de oídas... el Romero, el Lubina, el Macaco... como ya he dicho, era un chaval muy nervioso y esa noche no dormí casi nada pensando en lo maravilloso que iba a ser cambiar mi antigua clase de colegio por una en donde la gente llevaba navaja, y no precisamente para cortar el bocadillo, sino para cortar a quien intentara robarlo. Aunque lo de robar llevaba ya años de moda, es decir, tú ibas por la calle con tus compañeros de colegio y se te acercaban chavales normalmente grandes o macarras a pedirte dinero. Esto era normal por aquel entonces, pero lo del instituto era ya Las Vegas de los macarras, por lo que pasabas a llevar tu dinero bien escondido en tus partes. Yo alucinaba con la organización que tenía esta gente, nunca te librabas, estaba seguro de que en unos años acabarían llevando el aparato ese para pasar la tarjeta de crédito.

Como me temía, el instituto no defraudó, mi clase era una mezcla de entre cuatro o cinco estudiantes brillantes, delincuentes y los que estábamos en la delgada línea de la indecisión. Yo elegí el peor bando de todos, ya no para que no me robaran el bocata o para que no me dieran collejas, sino porque yo, además de ser un pésimo estudiante, también era una máquina jugando al fútbol y, por alguna razón, a los delincuentes eso les encantaba. Así que allí estaba yo, con gafas de pasta y un peinado que había caducado hace veinte años, con esa gente que vestía a la última moda y usaba colonias de las mejores marcas. Lo curioso era que decían odiar ir de compras, aunque para eso —pensaba yo— tenías que comprar, no robar.

—¡Karolo!, la siguiente clase te la saltas, que hemos organizado un partido. —No era una pregunta.

—A mandar, ¿y la de después?

—¡Qué dices, es gimnasia! ¡A ti qué coño te pasa!

—Es verdad, perfecto entonces.

También había que hacer ciertas cosas que a lo mejor se salían un poco del cuadro de lo que a uno le parecía normal, como ese juego en el que haces dos filas y el que pasa por dentro le pones rojo a collejas hasta que acierta quién le ha dado, o ayudar a trucar una pizarra para que cuando la tocara la profesora se callera al suelo, o subirte al tejado del instituto para coger balones... Pero era así, o estabas con ellos y disfrutabas de tu bocata y cierta zona de confort o estabas sin ellos, lo cual era traer dos bocatas y saber que recorrer el pasillo solo hasta tu aula eran, mínimo, dos collejas.

Por suerte, no me preocupaba, yo tenía conmigo dos amigos en este frente peligroso los cuales también eran gente normal que no quería estudiar. He de decir en defensa de los profesores que ni querían guerrear ni creo que hubieran podido. Sin embargo, las expulsiones eran masivas; una vez nos expulsaron tres días a quince personas de las 26 que éramos en clase por acumulación de partes. Esos tres días, los demás alumnos engordaron bastante. No estaban acostumbrados a un bocata entero para ellos solos.

A mí de por sí ya me costaba estudiar por lo nervioso que era, pero en este ambiente me pareció imposible. Quizá tuve que luchar algo más.

—Karolo, vente a por tabaco que en clase de Lengua nos deja la profesora faltar —me dijo el Macaco.

—Ok, pero ¿seguro que no lo comunica a dirección?

—Qué va, me dijo que no nos vieran por el instituto en la hora de su clase, que con eso bastaba.

Se me estaba yendo de las manos y lo sabía; una cosa era no estudiar y otra hacer del instituto un lugar de recreo. Para mí siempre fue difícil, aquel que no me conociera se metía conmigo por mis pintas, las chicas ni me veían y mis antiguos amigos no se atrevían a entrar en mi pasillo. Menos mal que en mis primeros días de clase el Macaco había venido a pegarme por haberle respondido a un insulto, y cuando estábamos ya enganchados el uno con el otro alguien, desde atrás, me dio un sillazo en la espalda. A partir de ahí, gracias a mi labia y habiendo dejado claro que me defendía, las cosas fueron yendo mejor.

—Karolo, hace bueno, vámonos al río a cruzar la presa.

—Vamos a oler a pescado en clase, Macaco.

—Por eso no vamos a volver, llevo dos bocatas —ni de coña hechos por él, pensé— y cuatro porros, así que echamos ya el día.

—Ok, se lo digo al Grano también.

—Sí, díselo, que fijo viene.

El Grano era como yo, era listo y deportista pero no quería estudiar y se apuntaba a cualquier cosa emocionante que le propusieras. Era conocido por haberse subido a la mesa de la profesora y haberse puesto a bailar la canción *Sex Bomb* de Tom Jones. Yo le veía siempre en dirección, me llevaba ventaja en las amonestaciones; por aquel entonces yo sumaba 28 y él 32.

—Karolo, tío, ¿qué haces para estar aquí siempre? Mira que eres nervioso.

—Venga, Grano, que te has cargado la ventana y le has dicho al profesor que ha sido una avispa. No me des lecciones de moral.

—Es que me parece curioso que haya alguien tan malo como tú con esas pintas.

—Yo no soy malo, lo que pasa es que por alguna razón me dejo llevar y acabo haciendo cosas... diferentes, que luego resulta que descubro que podría haber evitado.

—Jajaja, Karolo, macho, que le habéis tirado la colchoneta gigante encima a la Popeye cuando estabais haciendo gimnasia.

—Eso ha sido idea del Macaco, ese sí que es malo. Con la imaginación que tiene podría hacer cualquier cosa, sin embargo, usa todo su potencial para el mal.

Era verdad, ese chaval tenía un don para hacer putadas a la gente, aunque yo estaba seguro de que podría utilizarlo para hacer cualquier otra cosa con la que seguro llegaría alto. El susodicho era flaco pero atractivo, de andares desgarbados, vestía bien sin ser pijo y su objetivo en la vida era inventar maneras de molestar a las personas. Si le cogía las gafas a alguien para jugar con ellas y se cargaba una patilla o el puente, luego se las dejaba discretamente en la mochila sin decirle nada.

—Joder, Macaco! ¡Que eran de alambre de las caras! ¡Las has roto, tío! —se lamentaba López.

—Yo no he roto nada, López, son desmontables. —...Era mejor dejarlo pasar.

En otra ocasión nos encerró a media clase en el aula de tecnología a la hora del recreo, nunca se demostró su culpabilidad. Pero estos no eran sus únicos hobbies, también le gustaba sentarse cerca del interruptor de la luz, pero no al lado, para obligar a la persona que estuviera junto a él a

que lo apagaran cuando él se lo mandara. Esto provocaba gritos y alboroto, pero sobre todo escupitajos. Nunca se demostró su culpabilidad ya que nadie tenía valor para enfrentarse a él. En la clase de música cogía el piano y a al Gordo como compañero para luego llamar a la gente a que se acercaran, cuando estaban cerca de él, el Macaco y el Gordo empezaban a tocar todas las teclas haciendo parecer que los demás se habían acercado a molestar, por lo que acababan castigados. Por si fuera poco, en clase de música había que ir con coquilla ya que el Macaco usaba las batutas para golpear en las partes blandas. El chaval también tenía madera de sastre, de hecho, cuando te dejabas la camiseta de repuesto en el vestuario de gimnasia te la encontrabas luego sin mangas; podías preguntarle, pero te decía que ahora en verano se lleva el chaleco. Ojalá solo hubiera sido bueno con las putadas físicas, pero además tenía don de palabra. Si te sacaba a bailar la profe...

—¡Karolo! ¡Estás to empalmado! —Qué hijo d...

Grano y yo empezamos a recordar todo esto y nos entró la risa.

Jajaja jajaja, cuánta imaginación tirada a la basura, jajaja.

—¡Pérez y Perera! ¡Encima de que os amonestan estáis aquí de jolgorio! Pues que sepáis que van a ser dos partes para cada uno.

—¡Vamos, no jodas!, eso no es justo, no sabíamos que molestábamos.

—¡Tres partes para ti, Perera!

—Déjalo, Karolo, si cuando te pillan manía no hay nada que hacer.

—¡Cuatro partes para ti, Pérez!

—Señora, esto no es una subasta...

—¡Cinco partes a cada uno! Con lo que quedáis expulsados del instituto de forma inmediata. Ahora mismo redacto las expulsiones, a ver si habláis ahora —dijo la jefa de estudios metiéndose en jefatura.

—Puf, verás cuando se enteren que nuestros apellidos no coinciden con los del primer parte. No ha sido buena idea mentir al profesor de sustitución.

—Sí, tienes razón, Grano, pensaba que iba a ser algo rápido y que acabarían dándole el parte a otro, pero ahora nos pillan de fijo.

Los padres, por regla general, no se toman nada bien las expulsiones ya que es una palabra muy fea que parece llevar implícito algo muy grave. En mi caso no era para tanto, pero tanto Grano como yo nos tiramos los tres días haciendo las tareas domésticas, sin poder tocar un balón y aislados del mundo, ya que no había *Facebook* o *Whatsapp*.

No fue la primera ni la última, así que tomamos la necesaria determinación de falsificar las expulsiones. Entre otras cosas, por nuestra salud tanto física como psicológica, ya que te ahorrabas el tortazo de tu padre y la reprimenda de tu madre, por lo que te tirabas tres días con la mochila en el hombro yendo a los recreativos, al campo, sentado en un banco e incluso si vivías bastante lejos podías usar un día para decir que había huelga y quedarte durmiendo.

Hubo un día memorable en la vida de todos los de mi clase, menos en la mía. Recuerdo que teníamos una asignatura llamada SCL que consistía básicamente en hablar, por lo que era bastante entretenida. En nuestro primer día, el profesor anotó todo lo que no se podía hacer en clase: comer chicle, fumar, jugar al ahorcado —a nosotros nos dejaban jugar al ahorcado a cambio de no molestar en muchas otras asignaturas—. Yo me levanté sin ningún ánimo de alterar el equilibrio a tirar un papel en la papelera y al darme la vuelta el profesor, con cara de estreñimiento, me agarró del brazo:

—¡No puedes levantarte sin permiso!

—Eso no lo pone en la lista. —Maldita mi boca.

—Ponte de rodillas con un libro en cada mano —me ordenó.

—Me parece a mí que viaja usted en el tiempo.

—Entonces te pondré un parte, y por lo que veo aquí, solo te falta uno para que te expulsen.

—No puede hacer eso, es injusto, solo me he levantado a tirar un papel.

Momentos después estaba sentado en el despacho de la jefa de estudios.

—¡Cómo un chaval con gafitas y tan flaco puede dar tanta guerra!

—Le juro que hay veces que no llevan razón, como ésta, por ejemplo. Me ha hecho ponerme de rodillas con un libro en cada mano por tirar un papel a la papelera sin su permiso; por supuesto, me he negado.

—¿Es eso cierto, Perera?

—Se lo juro por Cristiano Ronaldo.

La jefa de estudios se metió dentro a hablar con el resto de profesores y a la hora yo me encontraba dentro de un aula, con una persona a la que no conocía de nada, haciéndome preguntas sobre lo sucedido.

Yo salí de allí intrigado con el único consuelo de que me habían anulado el parte, pero algo no cuajaba y al día siguiente descubrí qué era.

Nada más llegar al instituto me encontré al Macaco en la puerta con un periódico en la mano, lo cual era imposible, era más o menos como encontrarte al Dalai Lama en Malasaña enrolando un porro.

—Karoloooo, jajaja, te han sacado en el periódico.

No podía ser...

—Sí, claro, jajaja —reí para convencerme a mí mismo del error.

—Que sí, que sí, mira cómo se llama tu artículo —Régimen a la antigua usanza, leí en la portada.

—Pero... qué cerdo, ese fue el tío ese que me empezó a hacer preguntas. No me jodas, lo que les faltaba a mis padres.

—Yo, lo que no sé, es cómo te han hecho la foto. Con esa cabeza han tenido que poner la cámara en modo paisaje —dijo Fer, el Gordo, otro de mis mejores colegas de instituto.

—Pues yo te digo una cosa, Fer, cuando he leído lo de régimen he pensado que el artículo iba por ti.

Fer, el Gordo, realmente no estaba tan gordo, pero tenía una espalda donde se podían subir dieciséis papagayos y tenía unas manos enormes con dedos como chistorras, además de no tener cuello.

El Macaco no cabía en sí de gozo, había traído periódicos para medio instituto y encima habían expulsado al profesor por dicha acción. A mí me daba un poco de pena el profesor, pero más pena me daba yo que sabía que cuando llegara a casa me caería la misma charla de siempre de mi padre, o como yo la llamaba, El Discurso del Rey.

—Tú, qué pasa que te gusta destacar, ¿no? No te vale con suspender hasta gimnasia, con que no te dejen ir a las excursiones, con juntarte con los peores del instituto...

—Esta vez no he sido yo, papá.

—Claro, tampoco le falsificaste las notas al vecino y a ese otro chaval de los chalets...

Aquí es cuando uno reflexiona si la información obtenida es digna de fiar, pero yo opté por la respuesta fácil... la indignación.

—¡Quién te ha dicho eso!, ¡y tú vas y te lo crees sin más!, ¡yo alucino!

—¡Se lo han dicho los chicos a sus padres y ellos me lo han dicho a mí!

Serán hijos de... mira que se lo dije a los dos, que no pusieran todas aprobadas, que pusieran al menos tres suspensos. ¡Joder!, que eran más tontos que una sartén, no podían aprobarlo todo.

—Ves, papá, cuando tienes razón te la doy, pero entiéndeme, hago lo que puedo. Si vieras lo difícil que es ir al instituto...

—¿Te crees que yo estudié en una granja o qué?

—Si me obligas a responder... luego no me pegues.

—¡Vete a tu cuarto!, ya hablaremos.

Aquí es donde yo me iba a mi cuarto, supuestamente herido, a escuchar música o a leer, porque he aquí uno de mis grandes secretos... A mí no es que me gustara leer, yo amaba la lectura. Desde pequeño, mis padres me obligaron a que un día a la semana nos quedáramos los cuatro leyendo en el salón. Yo era muy nervioso y me aburría sin hacer nada así que un día leí, y desde entonces siempre he leído y siempre me he sentido orgulloso de mi afición a la lectura. Yo estaba convencido de que era la responsable de mi labia y mi ingenio, no me cabía duda. Mis cientos de horas delante de libros me servían para evadirme a un mundo de amor y aventuras que poco se parecía al mío. Evidentemente, no se lo dije a nadie; decirlo en la clase que tenía o en el equipo de fútbol era como decir «por favor, chicos, métanse un poco más conmigo que no me veo desmoralizado del todo». Sin duda, si decías que leías, era como dar a entender que te creías más listo que los demás, lo cual no era muy difícil ya que la mayoría creía que el universo acababa en Plutón. Así que como yo sabía que en este círculo nunca había que parecer que te crees más listo que los demás, prefería guardarme este dato. Siempre había excepciones, por supuesto; si los datos a aportar eran sobre drogas o chicas, estos siempre te dotaban de ciertos puntos.

Y así pasó el año entre fútbol, expulsiones y faltas de clase.

Al acabar el curso, como no podía ser de otra manera, repetimos todos. A Grano, el Gordo y a mí nos dejaron intentar aprobar otra vez el año próximo, pero al Macaco, al Romero, etc., etc., les expulsaron del instituto para siempre. Creo que hubo unas veinte expulsiones. Además, este nuevo año cerraron la puerta del instituto para que no se colara nadie de fuera, ya que normalmente los más delincuentes se sentaban en los bancos de fuera y a veces estabas sentado en clase y veías caer a un compañero por un mecherazo venido desde la calle... o te encontrabas

que se habían metido en tu clase gente desconocida para liarla... o se ponían en la puerta de fuera para ir robando a la gente que salía —menos a las chicas, por supuesto—, así que se podría decir que se desratizó el instituto, convirtiéndose en un lugar un poco más seguro.

Pero la vuelta al instituto no duró mucho, ya que los padres de aquellos que habíamos repetido se encargaron de que así fuera. Los primeros meses fueron muy buenos, yo todavía no me acostumbraba a comerme el bocata entero sin tener que dar la mitad o un cuarto, a cortarme el pelo sin temor a la mini paliza que eso conllevaba o a tener que seguirle la corriente en todas sus fechorías a un delincuente juvenil. Pero ya era tarde para mí, tenía que pagar por todos los crímenes de guerra.

—¡Señor Perera, acuda a dirección! —sonó por megafonía. Supe al instante que no saldría de esa habitación sin mi merecido castigo largamente estudiado. Karma, lo llamaba Buda; putada, lo llamaba yo.

Al bajar a la planta baja donde se encontraba dirección, me encontré al Grano, lo cual me deprimió todavía más, pero cuando vi al Gordo ya no había lugar para la duda. Aun así, intenté pensar en lo mejor y aplicar ese optimismo con mis compañeros.

—¿Qué pasa?, ¿que hacéis aquí, colegas?, pensaba que solo me habían llamado a mí.

—¿Habéis hecho algo alguno? —preguntó el Gordo.

—Como no sea por saltarnos la valla de atrás para no salir por la puerta cuando hacemos toros... —reflexionó Grano.

Entonces intervine yo, seguro de lo que se cocía allí.

—Si ninguno hemos hecho nada, solo pueden habernos llamado para terminar de limpiar el instituto.

—¡Qué dices! Con lo bien que estamos este año, ¡ni de coña!, ¡no pueden hacer eso!

El Gordo, o Peter Panceta, como lo llamábamos los íntimos, siempre hablaba como si no hubiera hecho nada malo y el mundo fuera injusto.

—Vamos a ver, Peter, yo tengo treinta y tres amonestaciones y cuatro expulsiones, el Grano tiene más partes que espinillas, y tú, si llevas mochila, es para traer ese bocata de barra y media que te comes en el recreo. ¿Qué os creéis?, ¿que nos van a dejar estar aquí con nuestro expediente? Están saneando, colegas, y ahora nos toca a nosotros.

En ese momento salió la jefa de estudios con el director.

—Vais a pasar todos a la vez y quiero que escuchéis bien, para que luego les contéis a vuestros padres de lo que hoy digamos aquí.

—A ver si es algo bueno y se me cura la nuca —dije—. Un capón más y me ha dicho el médico que ingreso.

—Jajaja, con esa cabeza ingresará tu padre y su mano.

—Jajaja jajaja.

—Hijos de puta, jajaja.

—¡Bastaaaa! ¡Pasar para adentro! —bramó la jefa de estudios.

—A ver, lo primero, deciros que esto no es plato de buen gusto ni para mí ni para vosotros, aunque no negaré que el no volverte a ver, Perera... doler lo que es doler no creo que me duela. Tenéis que entender que con la cantidad de amonestaciones que tenéis os tenemos que abrir expediente, lo cual conllevaría a que tuvierais que cogeros un abogado.

—¡Pero qué dice! ¡Qué se ha fumado!

—¡FERNANDO! —le gritó el director— Deja hablar a la jefa de estudios y luego preguntas.

—¡Cómo voy a pedirles un abogado a mis padres! ¡Si nosotros no hemos hecho nada tan grave!

—¡Calla, Gordo!, ¡deja hablar, tronco! —le reprendió Grano.

—¡Siempre igual!, ¡o tienes una barra de fuet metida en la boca o hablas!, ¡existe un punto medio donde la mandíbula descansa, joder! —Me pasé, lo sé. Pero quería escuchar.

—Continuo. Como ya sabéis, no os hemos expulsado de forma definitiva al igual que hemos hecho con vuestro amigo Macaco porque pensamos que, en el fondo, no sois como ellos, lo cual no quiere decir que seáis niños de San Ildefonso, pero creemos que estabais bastante influenciados por esa gente.

—Muy influenciados, señorita —decía el Gordo mientras la miraba directamente a los ojos.

—A pesar de todo —continuó la señorita—, todavía hay profesores en este centro que no toleran vuestra presencia y a los que les gustaría que no siguierais asistiendo a clase.

—¡Lo sabía! La Garbanzo, ella no quiere que estemos, ¡y todo porque se le cayó la pizarra encima!

—Mira, Gordo, vete fuera que luego te lo contamos —le dijo un Grano que empezaba a cansarse.

—Ok, me callo, me callo.

—No solo son profesores —continuó esta vez el director—, también hay alumnos que están esperando a que hagáis cualquier estupidez para seguiros.

Aquí no pudimos evitar sonreír un poco halagados.

—Y luego está el tema más importante, que es que no os gusta estudiar, ya sea porque seáis muy nerviosos como Perera y Pérez o porque nunca lo hayáis hecho, como el señor Ruiz —Gordo.

Eso era cierto, el Gordo no se sabía ni los continentes. No era capaz ni de dividir y por lo que habíamos descubierto recientemente, ni siquiera sabía dónde estaba Valencia. Era, sin lugar a dudas, la persona más inculta que había conocido en mi vida. Eso sí, se sabía todas las armas del Counter Strike de memoria, un juego al que se jugaba en una tienda con quince ordenadores y donde formabas dos grupos: terroristas o policías. Pues este tío que no se sabía los putos planetas, te sabía decir cuándo era más útil una AK-47 y cuándo un M-16... ¡alucinante!

—Es por eso —continuó el señor director— que creemos que la mejor solución...

—¡Nos vais a mandar a tomar por...! —no terminó la frase ya que no le dejamos.

—¡GORDO, QUE TE CALLES YA! —saltamos los tres. El Gordo se quedó de piedra al ver gritarle y llamarle gordo al mismísimo director. Ya no volvió a hablar.

—Creemos que lo mejor será que os busquéis un trabajo o algo antes de que os abramos expediente, así no se os quedará reflejado en vuestro currículum. También hemos pensado en un curso llamado Integración Social, donde os enseñarán las asignaturas básicas y un gremio que vosotros elegiréis.

Nos quedamos callados, en nuestros planes de futuro no contemplábamos la posibilidad de salir del instituto tan pronto.

—Gracias por avisarnos en vez de expedientarnos directamente —le dije.

—De nada. No creo que seáis malas personas, a pesar de todo.

Aquí, la jefa de estudios adoptó una mueca extraña con la cara.

—En realidad —prosiguió el director—, pienso que estáis perdidos, y ojalá os convirtáis algún día en aquello en lo que queréis ser, pero

primero convendría que os pararais un minuto a decidir qué es lo que os gusta, chicos.

Aquella frase del director me hizo pensar mucho. A día de hoy, había jugado al fútbol casi todo el tiempo, ya sea en el barrio o en el equipo; me había reído mucho con mis colegas, había flirteado con alguna chica sin éxito alguno, pero lo que nunca me había planteado es lo que quería ser de mayor o en qué quería convertirme. Siempre había pensado que para eso quedaba mucho y me estaba dando cuenta que debería haber sembrado algo, aunque fuera apio (qué cosa más mala) para poder haber recogido algún fruto en todo este tiempo.

—Lo de integridad social... no es para gente un poco... gente que no... vamos, que saben sumar porque tienen dedos —quiso informarse Grano.

—Pues es para gente de poco nivel, sí, si es eso lo que preguntas, pero no os preocupéis que en vuestro caso no creo que vuestros conocimientos de álgebra y física cuántica vayan a menos porque os paséis un año dividiendo con fracciones.

Esa había sido buena, joder con el director.

—Ok, lo pillamos, no hace falta ser sarcástico —dije. De hecho, yo estaba convencido de que el Gordo era capaz de ralentizar la clase.

—Pues entonces pensáoslo, porque tenéis un mes para darme una respuesta.

Nos fuimos cabizbajos a casa pensando qué les diríamos a nuestros padres al llegar. Yo no entendía cómo había llegado a acabar así, recordaba haber sido normal y bueno, incluso haber hecho deberes en verano como cualquier otro chaval. ¿Cuándo me había perdido? De repente me estaban echando del instituto, amenazándome con abrirme un posible expediente, habría que ser más cuidadoso en el futuro, anoté en mi cabeza.

Lo miráramos por donde lo miráramos, esta vez la mentira y la excusa no nos iban a ayudar, así que optamos por el efecto mentira balsámica; no curaba la herida, pero la suavizaba.

—Papá, tengo que contarte una cosa que me han dicho en el instituto.

—¿Otra expulsión?

—Nooooo.

—Malo es, porque tú no hablas con tu familia si no es para pedir la paga o zapatillas para el fútbol.

Era verdad, he de admitirlo, yo era frío como el hielo. Ni besos, ni abrazos, yo era un chaval que no habría su corazón al mundo ni contaba sus problemas. Si me pegaban en el equipo de fútbol me encerraba en mi cuarto, incluso les decía a mis padres que no vinieran a verme a los partidos de fútbol porque prefería que no vieran cómo me insultaban los compañeros del equipo. Si una chica me volvía loco pero no me hacía ni caso, me lo callaba y lo sufría yo solo. Cuando se metían con mi ropa y mis gafas me hacía el duro, pero me desmoronaba al llegar a casa y solía bajarme a la calle para subirme al árbol más alto del barrio, desde donde me sentía por encima de todo el mundo... hasta que bajaba a jugar Albertito, claro:

—¡Karolooo, bájate de ahí que como te caigas te vas a cargar el campo de fútbol! ¡De hecho, cuando vea el presidente del barrio el agujero que vas a dejar, va a querer hacer una piscina y nos vamos a quedar sin fútbol!

Puto niño, jajaja, la verdad es que era bueno, además de seguir siendo uno de mis mejores amigos.

—¡Estaba pensando en cómo decírtelo, Alber!

—¿El qué?

—¿Sabías que tus padres les cortan las patas a las sillas para poder comer a tu altura? ¡Me lo dijo tu hermana ayer!

—¡Jajaja, anda, baja, que te voy a dar una paliza hoy...!

—¡Buenoooo, sabes que soy un fuera de serie con el balón, pero admito que eres buen rival!

Luego bajaba y podíamos pasarnos horas sin parar de correr.

Pero en ese momento estaba con mi padre, el cual tenía la cara de aquel que prueba la cerveza por primera vez...

—A ver, papá. Han convocado a todo el instituto y nos han ido llamando por clases. Según una nueva inspección realizada hace un mes, los chicos con más de diez partes serán expedientados a no ser que escojamos irnos del instituto.

—¿Y a que dentro de esos chicos de todo el instituto estaba Grano y Fer?

—Mera casualidad.

—Claro, no te preocupes porque yo ya tenía una sorpresa para ti.

—Pues lo mismo te digo, mala será porque tus sorpresas son todas malas.

—Lo mismo es buena —dijo socarronamente.

—Venga, papá, ¿qué es? ¿Unas gafas más baratas echas de adobe?, ¿unas zapatillas de cáñamo?...

—¡Vistes como cualquier niño!

—Sí... de Kabul.

—Pero tú qué te piensas, ¿qué somos ricos?

—Venga, papá, que en la feria me monté gratis en la noria porque le di pena al gitano. Que el otro día nos vinieron a robar los rusos al descampado y a mí me dieron una parte.

—Pues no te preocupes porque a partir de ahora te vas a comprar tú lo que quieras con tu nuevo salario.

Sopesé sus palabras... Mi padre mostraba esa sonrisa que solía mostrar cuando ganaba al ajedrez... Tardé un rato, pero cuando me di cuenta de que no era un farol me empezaron a atacar los nervios... ¿Trabajar?, ¿de qué?